

LA TRANSFORMACION ILUSORIA DE PUERTO RICO*

RICHARD M. MORSE

CUANDO se me comunicó por primera vez el título de nuestra sesión sobre Puerto Rico, asumí que el comité de planes, después de inventarse cinco títulos, había agotado sus ideas para el sexto y había dado con una frase que iba a ser usada como un título y no se tomaría muy en serio. Le enseñé el título a un colega, un estudioso de las ciencias sociales, y él me preguntó —debo enfatizar que con toda seriedad— “¿Quién es este Vigor Híbrido? ¿Uno de esos expertos escandinavos que ha visitado la isla?”

Por lo tanto, me sorprendió encontrar que el término biológico análogo “vigor híbrido” se había utilizado con toda formalidad en el trabajo que voy a discutir. Debo añadir inmediatamente que el profesor Meier parece haberse dado cuenta de los peligros latentes en esta analogía cuando dice que “un solo concepto de genética puede tener como media docena de equivalencias en el nivel social”, y que la validez de la analogía se ve amenazada por “la relativa libertad que tienen los fenómenos culturales, de las represiones impuestas por la existencia de generaciones”. Finalmente, el escritor se delata cuando admite que “utilizando este marco teórico, no se pueden derivar posibilidades de investigación verdaderamente estimulantes”.

No puedo evitar el sentir, sin embargo, que el profesor Meier está disimulando un poco. Quiere tener lo mejor de dos mundos. O más exactamente, quizás, él desea mantener su reputación científica, y hacer que nosotros nos traguemos su bizcocho analógico. Porque es una cosa el dirigirse a una reunión de científicos para refutar una opinión que tiene gran aceptación —por ejemplo, que el otro lado de la luna es de queso verde. El algo muy distinto el probar extensamente que una hipótesis privada y bastante arbitraria del escritor, es estéril.

(Este trabajo se presentó en la Conferencia sobre las ciencias sociales en Estudio Histórico celebrado en la Universidad de Michigan, en mayo de 1959. Es un comentario sobre un trabajo por el profesor Richard L. Meier intitulado “Vigor híbrido en aculturación: la transformación puertorriqueña”. En su trabajo el profesor Meier exploró el concepto “vigor híbrido”, “tomado de la genética como un término posiblemente análogo para ayudar a elucidar la “transformación” de la sociedad y economía puertorriqueña en el siglo xx).

¡El auditorio inocente no puede menos que preguntarse si se le está vendiendo una lista de mercancías!

Lo que creo que ha hecho el profesor Meier es demostrar "el valor temático o alegórico" de su comparación, a la vez que le niega rigor científico. En realidad, no era necesario ser tan cauteloso. Nuestro pensamiento sobre la sociedad ha estado y estará siempre acribillado de comparaciones biológicas. No hay nada, por ejemplo, que nos de una visión más clara de la sociedad medioeval, real o idealizada, que las analogías biológicas que encontramos en el pensamiento tomista. Por lo tanto, concedo sin reserva el valor heurístico de tales metáforas, y criticaré la analogía del "vigor híbrido" sobre las bases de su "valor temático o alegórico" para el caso de Puerto Rico, en vez de sobre bases epistemológicas. Como el profesor Meier se ha cubierto tan bien, no estoy seguro de si estoy arguyendo a su favor o en su contra, o si estoy meramente luchando contra un enemigo imaginario. Pero cualquiera que sea el caso, el propósito principal de mi argumento será señalar ciertos ingredientes *sui generis* de la escena puertorriqueña que a mi parecer no han sido considerados en la exposición del profesor Meier.

Podemos comenzar examinando la palabra "híbrido". Es bastante corriente describir la sociedad puertorriqueña como bi-cultural, como un terreno donde las formas de vida hispánicas "latinas" y las norteamericanas están acomodándose una con la otra. El papel de encrucijada o sitio de reunión que ocupa la isla se puede citar como una de sus características prominentes en cualquier encuesta de opinión puertorriqueña. Un interrogatorio más extenso revelaría que la mayor parte de los puertorriqueños carecen de temores serios —al menos, conscientes— sobre esta "hibridación". Parece que se acepta ampliamente que la sociedad que eventualmente cristalizará (para usar una analogía mineralógica) será una que combine, por un lado, la piedad católica, las tradiciones afectuosas de familia, el respeto artificial hacia la mujer y el individualismo espiritual y estético, y, por el otro lado, el empuje, logro material y "confort" y la eficiencia organizacional del mundo de los negocios yanqui. Desde el punto de vista puertorriqueño esta sociedad eventual quizá no se deba describir como bi-cultural. Porque claro está, es la tradición hispánica la que suplirá la "cultura", mientras que los Estados Unidos suplirá meramente métodos, técnicas, gráficas de organización, dinero para ayudar a la economía, y un mercado de 180 millones de personas. En un seminario reciente sobre desarrollo económico que se celebrará en la Universidad de Puerto Rico, los economistas puertorriqueños estuvieron de acuerdo en que el futuro de la economía de la isla debía ser una integración completa

—institucional y comercial— con la economía norteamericana. Entonces se hizo la pregunta cargada, “¿Dejarán los puertorriqueños de hablar español?” Y la constestación fue: “por supuesto que no. Culturalmente siempre seremos ciento por ciento hispánicos”.

En el mundo moderno, claro está uno apenas espera que una sociedad compleja abrigue una auto-imagen o esquema de valores lógicamente consistentes. Y con frecuencia, los valores inconsistentes reflejan tensiones entre el anhelo por *Gemeinschaft* y el esfuerzo por *Gesellschaft*. En los Estados Unidos uno podría citar las tensiones entre el amor y el sexo, Main Street y Madison Avenue, juego limpio y dinero fácil. En Puerto Rico: las tensiones entre formas de vida “latinas” y yanquis. Por todo el resto de la América Latina surge una dicotomía similar en la discusión de cualquier cultura nacional particular—pero con una diferencia importante del caso de Puerto Rico. Un mexicano o venezolano o chileno probablemente no describiría su país como una mera arena, o cámara, en donde se mezclan las tradiciones hispánicas y norteamericanas. Estaría más bien inclinado a expresar este tipo de tradición en equivalentes locales que, aunque no se distinguieran por precisión analítica, estarían, al menos empapados de tonalidades afectivas de tiempo, lugar e historia.

El problema que estoy señalando aquí es que los puertorriqueños son particularmente pobres en los símbolos y mitos que componen una auto-imagen nacional. (Ni siquiera existe una buena historia de la isla.) Para llenar esta escasez, procuran obtener imágenes externas a su sociedad y tratan de unirlos en un compuesto. Esto es suficiente para influenciar las investigaciones hechas por extranjeros. Un estudio reciente sobre el hombre de negocios puertorriqueño es un buen ejemplo de lo que se podría calificar de “descripción cultural por interpolación” (aunque reconocemos que este estudio específico no se interesa primordialmente en identificar rasgos culturales exclusivamente puertorriqueños).¹ El libro comienza con un examen del crecimiento de los negocios y la actividad comercial en Puerto Rico. Seguidamente hay un capítulo sobre “Diferenciales Culturales”, que procura esbozar el medio ambiente cultural de la vida comercial puertorriqueña. En él el autor hace la aseveración de que “Las características que nuestros datos sugieren reciben suficiente explicación de una ojeada a las características de orígenes españoles que los antropólogos atribuyen a la América Latina”.² Entonces cita cuatro autores sobre España y “América Latina en general”, entre los cuales hay sólo un antropólogo.

¹ Thomas C. Cochran, *The Puerto Rican Businessman - A Study in Cultural Change* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1959).

² *Ibid.*, pág. 122.

Habiendo situado a Puerto Rico en un medio pan-hispánico, cita a otros escritores sobre rasgos culturales norteamericanos. El autor entonces decide que "entre la élite de negocios existen muchos aspectos de la cultura heredada que no han sido afectados hondamente por contactos continentales". Entendiéndose que en Puerto Rico se usa la palabra "continente" para denominar a E.U.A. con más frecuencia que para denominar el Hemisferio Occidental. Sin embargo, "puede que se estén realizando cambios culturales a una velocidad que aumenta gradualmente".³

El esfuerzo por explicar la cultura e instituciones puertorriqueñas como una intersección de dos corrientes de características nacionales definidas *a priori*, ambas procedentes del exterior, viene invariablemente a parar en un análisis bastante superficial. La metáfora "híbrido" nos lleva fácilmente en la misma dirección. Porque sugiere el cruce de dos tendencias como nos dice el profesor Meier, "cada una de las cuales debe haber mantenido, o adquirido... ciertos rasgos dominantes que no se desarrollaron o retuvieron por la otra". "Las corrientes culturales norteamericana y puertorriqueña", nos dice en una oración que encuentro difícil de entender "se separaron poco después de la época de Carlomagno". El profesor Meier ha sido muy discreto en no aventurarse a caracterizar los rasgos dominantes de las dos tendencias, corrientes o sub-culturas aquí mencionadas. De hecho nos deja perplejos el encontrar tan poca descripción cultural en un trabajo sobre aculturación. Sí hallamos una insinuación de que Puerto Rico estuvo expuesto a cierta cantidad de influencia del exterior antes de 1898, pero también se sugiere al menos que Puerto Rico antes de la ocupación norteamericana era una extensión arcaica de la sociedad española en América.

Este comentario no pretende ofrecer una descripción generosa del ambiente cultural puertorriqueño en el cual están sucediendo cambios institucionales. Todo a lo que se aspira es hacer una crítica de la "teoría de análisis cultural" basada en las "dos tendencias" que no toma en cuenta las versiones locales de esas tendencias, que no ofrece un panorama general de cuatro siglos y medio de historia puertorriqueña, y que apenas intenta diferencias a Puerto Rico de otras partes de la América Latina.

De primera intención, parece claro que Puerto Rico era desde el principio algo muy distinto a "una extensión de la sociedad española en América". Puede decirse que en muchas formas hubo menos trasplante que en casi ningún otro sitio en la América hispana. Las jerarquías civil y eclesiástica enormemente elaboradas en los virreinos de

³ *Ibid.*, pág. 132.

México y Perú, las misiones de las órdenes religiosas, los colegios y universidades—todo lo que representaba la re-creación de centros altamente organizados de cultura española, con personal mayormente español durante todo el período colonial, virtualmente no existía en Puerto Rico. Ni la ciudad ni el dominio rural, o encomienda, los dos instrumentos principales de la colonización española en otros sitios fueron de importancia en Puerto Rico. San Juan era una "comunidad [pequeña] estrechamente amontonada, rodeada por sus murallas y fortalezas imponentes" mientras que el "resto de la isla estaba casi totalmente desatendido".⁴ La encomienda, institución desarrollada en la España medioeval para poblar tierras reconquistadas de los Moros, desempeñó un papel ínfimo en Puerto Rico. Los trabajadores indios pronto disminuyeron hasta tal punto que desaparecieron. Los esclavos africanos que se importaron para reemplazarlos fueron relativamente pocos. En 1777, de la población insular de 70,000 sólo 7,500 eran esclavos. Antes del siglo diecinueve, el azúcar tuvo una carrera incierta en la isla debido a los altos costos de su producción. El jengibre y la ganadería tuvieron más éxito porque no requerían técnicas complicadas de producción ni de disciplina obrera, y porque encajaban mejor con el floreciente comercio clandestino de la isla.⁵ La mayoría de la población consistía de agricultores de subsistencia aislados "quienes, en su mayoría, aún no estaban concentrados en lo que se puede llamar comunidades o aldeas".⁶

En resumen, algunas de las características más señaladas de la vida española—una cultura urbana dominante y ceremonial burocracias elaboradas, y un sentido penetrante de jerarquías tanto en los campos como en la ciudad—tenían una base institucional débil en Puerto Rico. La Iglesia, que se considera tan a menudo como la cúspide de la sociedad española, echó solamente raíces frágiles. En 1765 había 68 sacerdotes en la isla para una población de 45,000. De los 68, sólo 26 eran curas párrocos fuera de la ciudad de San Juan.⁷

En Puerto Rico, la debilidad general de la iglesia al bregar con heterodoxia religiosa, unida a su limitación de personal y la imposibilidad física de llegar a la gente, hizo que sus servicios religiosos no surtieron efecto. . . La gente faltaba a menudo a misa, no recibía los sacramentos, ni confesaba, ni pagaba los diezmos, ni se casaba en la Iglesia, ni bautizaban

⁴ Arturo Morales Carrión, *Puerto Rico and the Non-Hispanic Caribbean* (Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1952), pág. 58.

⁵ *Ibid.*, págs. 36-37.

⁶ Julián H. Steward, *et al.*, *The People of Puerto Rico* (Urbana: University of Illinois Press, 1956), pág. 44.

⁷ Alejandro Tapia y Rivera, *Biblioteca Histórica de Puerto Rico* (San Juan: Instituto de Literatura Puertorriqueña, 1945), pág. 545.

a sus hijos, aun bajo la pena de excomunión. La heterodoxia religiosa en las creencias locales probablemente ha existido desde el siglo dieciséis.⁸

El hecho de que ciertas instituciones españolas no se trasplantaron a Puerto Rico, y la desintegración de muchas que sí se trasplantaron sugiere un patrón migratorio bastante distinto del que generalmente se asocia con la colonización europea. Realmente, en algunas cosas recuerda la descomposición institucional que ocurrió con las emigraciones forzosas de africanos al Nuevo Mundo.

Históricamente, entonces, Puerto Rico no ha sido una sociedad fuertemente organizada. Por un lado, ha carecido de las distinciones permanentes de clase, los centros de gravedad social rurales y urbanos, la pompa y ostentación, los recintos sagrados de saber y la fe religiosa que caracterizan una sociedad tradicional y jerárquica. Por el otro, ha carecido de ese espíritu espontáneo de organización y ahorro económico que produce una clase floreciente de agricultores independientes o de comerciantes urbanos. La cohesión y la jerarquía social, entonces, ni se trasplantaron ni surgieron espontáneamente. El famoso informe de O'Reilly de 1765, decía, en estilo impresionista como veremos:

El origen y principal causa del poquísimos adelantamiento que ha tenido la isla de Puerto Rico, es por no haberse hasta ahora formado un Reglamento político conducente a ello; haberse poblado con algunos soldados sobradamente acostumbrados a las armas para reducirse al trabajo del campo: agregáronse a estos un número de Polizontes, Grumetes y Marineros que desertaban de cada embarcación que allí tocaba: esta gente por sí muy desidiosa, y sin sujeción alguna por parte del gobierno, se extendió por aquellos campos y bosques, en que fabricaron unas malsimas chozas: con cuatro plátanos que sembraban, las frutas que hallaban silvestres, y las vacas de que abundaron muy luego los montes, tenían leche, verduras, frutas y alguna carne; con esto vivían y aún viven.⁹

Unos cuantos años más tarde, Fray Iñigo Abbad y Lasierra enfatizó la naturaleza de mera subsistencia de la agricultura y su crudeza tecnológica; como se dependía de raíces y pescado cuando los huracanes destruían la cosecha, porque no se almacenaban alimentos; el cambio rápido en uso de tierras porque no se utilizaba medio alguno para conservar o renovar los suelos; la tendencia a labrar únicamente llanuras y a cultivar solamente los productos más fáciles de cosechar, fueran o no los más lucrativos. Era caro transportar productos a lomo

⁸ Steward, *op cit.*, pág. 44.

⁹ Tapia y Rivera, *op cit.*, págs. 527-528.

de animal hasta el mercado en San Juan, y los gobernadores prohibían el comercio costanero por miedo al comercio ilícito con otras islas. La ausencia de una guardia costanera, sin embargo, permitía a los barcos extranjeros traficar en muchos puntos de la costa de tal forma que gran parte del comercio existente era de contrabando y la isla en sí no estaba internamente unida por el comercio.¹⁰

El siglo XIX vio vastos cambios institucionales en la isla, pero el mismo hecho de que los cambios fueron continuos durante el siglo en muchos frentes impidió que la organización social se fortaleciera y modelara decisivamente. Algunos de los cambios principales fueron el aumento en población, el crecimiento comercial y urbano, el aumento en tierras bajo cultivo, la disminución de la agricultura de subsistencia, la producción mayor de productos para venderse por dinero (especialmente azúcar), la concentración de tierras en manos de las centrales azucareras, la industrialización de la industria azucarera, y la creciente dependencia comercial de los Estados Unidos. Gran parte del estímulo que produjo estos cambios viene de fuentes extranjeras, algunas de las primeras de las cuales fueron los industriales azucareros que emigraron de Luisiana, Santo Domingo y Venezuela.

Hay dos rasgos de la sociedad puertorriqueña en la víspera de la ocupación norteamericana que merecen enfatizarse especialmente.

1. La mecanización y centralización del azúcar estaba ya trayendo la vida industrial a la isla. La fuente principal de trabajo en los campos de caña (aún antes de la abolición de la esclavitud en 1873) era un proletariado rural consistente de trabajadores residentes sin tierras (agregados) y trabajadores libres migratorios. El mundo moderno industrial era ya, por lo tanto, una fuerza poderosa en la sociedad puertorriqueña cuando la isla pasó a poder de los Estados Unidos.

2. En la segunda mitad del siglo XIX "parece que la mayor parte de la gente estaba concentrada principalmente en las áreas rurales montañosas". Estos "montañeses no agrupaban sus casas, sino que vivían esparcidos por las lomas y laderas de campo".¹¹ En otras palabras, la población rural que aún permanecía intocada por la industrialización de la agricultura, no parece haber sido la portadora de las ricas tradiciones socio-religiosas de la cultura española.

No estoy tratando de decir que, en 1898, Puerto Rico estaba "sin cultura" (aunque sea porque ningún antropólogo me permitiría salirme con esa). Estoy dispuesto a conceder que la contextura de cultura hispánica estaba presente en todas partes. Y aquí aceptaría cualquier

¹⁰ Iñigo Abbad y Lasierra, *Historia Geográfica Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico* (San Juan: Acosta, 1866), págs. 280-336 *passim*.

¹¹ Steward, *op cit.*, pág. 51.

descripción sensitiva de rasgos culturales hispánicos, por Ganivet, Ortega, Menéndez Pidal, u otros. No pondré reparos a generalizaciones sobre el *machismo*, complejos de virginidad, actitudes religiosas, aversión al pensamiento abstracto, aún "individualismo español". Pero —si se me permite una analogía botánica— yo diría que la cultura hispánica en el siglo XIX en Puerto Rico era una enredadera y no un árbol, o era contextura y no estructura. Daba calor psicológico y social, pero ni nutría ni se alimentaba de la vida institucional pragmática y débilmente organizada de la isla. Si uno se encontraba con tipos jíbaros fuertes y vigorosos, esto se debía con más probabilidad a la sabiduría de la tierra que a la sabiduría de la raza.

Como muchos intérpretes de la vida puertorriqueña han señalado ciudadosamente, la isla ha tenido una historia *pasiva*. Ha sido víctima de violencias externas (huracanes, bucaneros e invasores franceses, holandeses y británicos). Y ha dependido para su manutención y progreso, de instituciones y sociedades extranjeras organizadas en mayor grado: el situado (un subsidio financiero del México virreinal); comercio de contrabando con los barcos europeos y con las islas de plantaciones de las Antillas Menores; las destrezas, capital y organización para industrialización de los Estados Unidos. Este patrón histórico es en parte atribuible a la pura geografía: una isla pequeña con pocos recursos situada tan estratégicamente como para ser de interés constante a las potencias marítimas mayores del mundo. Pero las causas internas también son importantes.

Las instituciones sociales, económicas y culturales de Puerto Rico, como las hemos descrito fragmentariamente, no han sido de tal naturaleza que permitieran la aparición de identidades de grupo. Los rituales de celebración, devoción y expresión comunal; las gradaciones públicamente reconocidas y socialmente funcionales de una jerarquía humana; el estímulo y los canales para desahogar antagonismos de grupos; los centros autónomos creadores de cambios económicos —estas y otras fuentes de cohesión social se desarrollaron muy débilmente durante la hisortia de la isla. Esto puede ayudarnos a la "docilidad" que se atribuye con tanta frecuencia a los puertorriqueños como una característica nacional. El historiador y sociólogo puertorriqueño Salvador Brau escribió en 1882:

Precisamente una de las condiciones más notables del carácter puertorriqueño es la docilidad. Un pueblo dócil por naturaleza, tiene mucho adelantado en el camino de la civilización; falta sólo saberle dirigir. Es verdad que, a pesar de su respeto absoluto a la autoridad, se nota en nuestras clases proletarias, especialmente en las campesinas, cierta tendencia hu-

raña, cierta propensión esquiva que dificulta la acción moralizadora; pero esa tendencia, que fomenta el desparramamiento del vecindario por los campos, tuvo su origen en la misma dirección administrativa de tan especial manera ejercitada en ciertas épocas.¹²

Ahora bien, la "docilidad" no es y nunca ha sido la marca de pureza del (para usar la frase traicionera) carácter nacional español. Si Brau tenía razón en llamarlo un rasgo puertorriqueño, su observación encajaría con nuestra generalización histórica central —es decir, que la estructura institucional débil de la sociedad, combinada con ciertos accidentes de historia y geografía, han llevado a los puertorriqueños a buscar el alivio de su condición en otras partes, y no en su propia iniciativa, recursos y poderes de organización. Yendo más lejos, podemos decir que una sociedad en busca de ayuda o rescate externo probablemente tenga las siguientes características: 1) sus poderes de auto-evaluación y auto-crítica estarán retardados; 2) será presa de fantasías, por la falta de una auto-imagen forjada en el conflicto de presiones internas; 3) sus miembros tendrán dificultad en identificar objetivos públicos sobre quienes desahogar la agresividad que toda sociedad posee.

Más tarde, trataré de ejemplificar estas características, según aparecen en el Puerto Rico moderno. Pero primero, el punto de vista desarrollado en este trabajo debe acentuarse. Estoy señalando el peligro de interpretar la sociedad y cultura puertorriqueña como un cruce híbrido de tendencias hispánicas y norteamericanas puras. Estoy advirtiéndole de la dificultad de utilizar la palabra "transformación" en el título del trabajo que estamos discutiendo. Puerto Rico no ha sido "transformado" en formas que yo considere importantes desde un punto de vista cultural o psicológico. Estoy señalando el peligro de la inferencia de variación súbita o auto-trascendencia que se deduce de la analogía biológica. El profesor Meier ha aludido a la "perturbación seria" a la analogía biológica, causada por "la relativa libertad que tienen los fenómenos culturales de las represiones impuestas por la existencia de generaciones". Para mí la "existencia de generaciones" no meramente perturba la analogía, sino que la destroza.

Si es cierto que las sociedades pueden volverse auto-trascentes, entonces es claro que no importa que echemos en la tolva para describir cambios sociales. Un puñado de rasgos culturales españoles y yanquis sería suficiente. El sociólogo y el ingeniero social ganan el campo, y el historiador se convierte en el periodista fiel que informa los aconte-

¹² Salvador Brau, *Disquisiciones sociológicas y otros ensayos* (Río Piedras: Instituto de Literatura, 1956), pág. 159.

cimientos del día en que murió Lincoln, o el año en que cambiaron los genes puertorriqueños. Si, sin embargo, hay una trayectoria en el crecimiento de sociedades, entonces cobran importancia el tiempo, el lugar y la lógica interna de instituciones particulares y actitudes culturales. Y podemos asumir que las sociedades, como las personas, pueden ser víctimas de su pasado o pueden capitalizar en él, pero no pueden escaparse de él.

Habiendo advertido la dificultad envuelta en mirar el Puerto Rico del siglo decinueve como una esquina tropical de la vieja Castilla, caractericemos brevemente el impacto de los Estados Unidos sobre la isla. Una vez más, no intentaré hacer una lista de rasgos culturales. Ahora que Vance Packard se ha aventurado a especular en un campo que Reisman temía tocar, estoy seguro de que las marcas de pureza de la sociedad norteamericana nos son clarísimas a todos. Gustosamente aceptaré generalizaciones sobre la fe norteamericana en logros materiales, el trabajo colectivo o de equipo norteamericano, el pragmatismo norteamericano y las inhibiciones emocionales norteamericanas. Y ya que he concedido el individualismo español, concederé el individualismo norteamericano también. Pero, con toda franqueza, no sé qué hacer después de haber alineado los supuestos rasgos norteamericanos frente a los supuestos rasgos españoles. Por lo tanto, me dirigiré hacia la morfología en vez de hacia la ontología del contacto cultural.

Si Inglaterra conquistó su imperio en un acceso de distracción, los Estados Unidos ha *administrado* el suyo en esa forma. Una república del Nuevo Mundo, que aún retiene ciertas actitudes "coloniales" vis a vis Europa, no es el tipo de administrador colonial más riguroso ni seguro. De hecho nosotros nunca hemos llamado a Puerto Rico colonia. Nunca hemos sabido qué llamarlo. Hubiéramos estado agradecidos en el pasado y estaríamos agradecidos hoy, si los puertorriqueños pudieran decidir qué quieren ser. Esta tendencia negligente a ser permisivos, es precisamente lo que el doctor *no* recetó para una ciudadanía tan insegura de su identidad como eran los puertorriqueños en 1898.

La frase "potencia colonial ideal" probablemente es una contradicción de términos (como es quizá para los freudianos, la frase "padre ideal"). Pero las reglas de terreno para un modesto ideal que nos sirva de guía podrían requerir: que la madre patria tenga una colección coherente de costumbres nacionales, un sistema educativo efectivo y una "cultura" (en el sentido honorífico) sobresaliente; que ofrezca un modo coherente de acción política democrática y de comportamientos comerciales justos y eficientes; que sus representantes estén

conscientes y seguros de su identidad cultural vis a vis la gente de la colonia (no por arrogancia, sino simplemente porque de hecho existen diferencias); que las líneas de auto-desarrollo colonial sean claramente expresadas en bases flexibles y a largo plazo; que la madre patria esté preparada para bregar sensatamente con resentimientos coloniales inevitables y posible violencia.

Los Estados Unidos se ha elevado a la altura de algunas de estas partidas bastante bien, en otras ha hecho bastante mal. Me imagino que la fuente más grande de confusión para un pueblo extranjero tratando de acomodarse a ser administrado por los Estados Unidos debe ser la naturaleza abierta de la cultura e instituciones norteamericanas. Nos enorgullecemos de estar en "revolución permanente". Nuestra cultura es fuerte, pero no unitaria. Si no encarna, al menos imita el espíritu de Fausto. Al confrontarse con otros pueblos, los norteamericanos tenemos poco que ofrecer en el sentido de modelos logrados y mucho en el sentido de métodos y técnicas. Por lo tanto, el afecto de la cultura norteamericana puede ser muy perturbador para una sociedad como la puertorriqueña que no tiene ningún sentido claro de identidad.

Nada mejor que el sistema educativo para reflejar los efectos poco conclusivos de la administración norteamericana. En 1898 no había ninguna universidad en la isla, y de los puertorriqueños mayores de 10 años de edad, sólo uno de cada cinco podía leer y escribir. Hoy hay tres universidades y la Universidad de Puerto Rico sola tiene 18,000 estudiantes, tanto residentes como extramuros. Cuatro de cada cinco habitantes mayores de diez años leen y escriben. Tomó décadas, sin embargo, el decidir cuál sería el idioma oficial de instrucción en las escuelas. Las peores influencias de colegios normalistas norteamericanos han dominado la pedagogía puertorriqueña. Los currículos en las escuelas y en la Universidad son débiles en contenido y disciplina. Se demuestra muy poca selectividad en ascender estudiantes. El conocimiento y la investigación científica se estiman muy poco.

Estas faltas son características, aunque no exclusivamente de la educación norteamericana. Si las mejores tradiciones y modelos de nuestro sistema escolar y universitario han de afectar la formación de instituciones fuera del país, sin embargo, en algún punto alguien deberá hacer la selección. En el caso de la educación puertorriqueña, ni los funcionarios americanos de las primeras décadas de nuestra administración, ni los puertorriqueños en años más recientes han podido hacer esta separación. El resultado es una anarquía moderada en el campo educativo.

No se pone a la juventud de la isla en contacto con las cosas y

estructuras de su universo. El pavoneo substituye a la investigación y autoconocimiento.¹³ Como lo puso un visitante reciente a la universidad: "Aquí sí que hay un gran número de vidas viviendo sin ser examinadas". Permitiéndome el lujo de otra analogía, si Puerto Rico fuera un paciente sufriendo de un número de incertidumbres vagas en 1898, el estar expuesto a la influencia y política sin dirección de los Estados Unidos, en vez de fortalecer o cambiar la estructura de la personalidad, ha perpetuado y profunizado la inestabilidad emocional del paciente. La prosperidad económica actual de Puerto Rico, el logro de un día para otro de los niveles de vida más altos de la América Latina, las oportunidades cada día mayores de adelanto social en la isla, son mayormente atribuibles al mero derroche de recursos de la nación más rica del mundo. Dos gobernadores capaces, Tugwell y Muñoz Marín y un puñado de planificadores dedicados y talentosos no han perdido tiempo en utilizar productivamente este derroche. Pero las maravillas logradas en el sector industrial no tienen equivalencia en campos tan importantes como la agricultura, la instrucción, y la planeación de ciudades. Y es difícil evitar la conclusión de que el cascarón duro de tecnócratas en el nivel más alto cubre un centro de instituciones débiles. La aparición de un grupo obrero o de una minoría política con un liderato enérgico y un programa perspicaz, podría reunir una gran cantidad de ansiedad dispersa y convertirse en una amenaza súbita al orden aparentemente estable. Si tales movimientos no han reunido fuerzas, se debe en parte a la dificultad congénita de los grupos sociales en separar opositores reales o supuestos. Ha habido relativamente poca identificación de clases o grupos u oligarquías malvadas. Un estudio sociológico reciente, afirma:

La forma última de conciencia de clase, especialmente aquel tipo de conciencia que contiene una identificación del stratum de uno como la unidad dentro de la cual se determina su destino, y cuyo movimiento total es una condición necesaria de su propio movimiento individual, parece no estar todavía presente en la escena puertorriqueña. Tampoco podemos decir con certeza cuáles son las probabilidades de que surja tarde o temprano.¹⁴

Como señala el profesor Meier, la lucha sangrienta de guerrillas

¹³ Uno de los pocos escritores modernos que ha logrado expresar algo de *ethos* particular puertorriqueño observó: "Nosotros, que hemos vivido siempre sumergidos en la gramática, nunca hemos podido llamar las cosas por su propio nombre. Forzosamente el criollo tuvo que recurrir al contrabando comercial y verbal". Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, 3ra. ed. (San Juan: Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1946), pág. 125.

¹⁴ Melvin M. Tumin (con Arnold S. Feldman), *Social Class and Social Change in Puerto Rico* (Ms. 1959), págs. 860-861.

que se llevó a cabo en Cuba contra España en el siglo diecinueve, no tuvo equivalente en Puerto Rico. En el siglo veinte el antagonismo expresado hacia los Estados Unidos ha sido sorprendentemente pequeño. Se comprende que el resentimiento colonial es general, pero mucho de este resentimiento permanece inarticulado y encuentra expresión sustituta en una corriente submarina de actos de sabotaje inicuos, a menudo inconscientes, en hablar a espaldas, en actitudes y políticas idiomáticas.¹⁵ En meses recientes, ciertos grupos se han recreado en una identificación vicaria con Fidel Castro. El Partido Nacionalista es un grupo pequeño y marginal, y su líder está en un manicomio. Los tres partidos son, en orden descendiente de poder, el Partido Popular de Muñoz Marín, el Partido Estadista y el Partido Independentista. Las maquinarias políticas se mobilizan obedientemente para las elecciones cada cuatro años, y la oratoria de campaña política se concentra alrededor de la cuestión del status futuro de la isla. Hay dos cosas especialmente interesantes en cuanto a esta oratoria. Una es que las tres opciones de hoy son bastante paralelas a las tres que estaban en el ambiente hace casi un siglo, durante los últimos años del dominio español. Eran entonces autonomismo, asimilismo y separatismo en vez de estado libre asociado, estadidad federada e independencia. Dentro de esta perspectiva más amplia, las formulaciones políticas puertorriqueñas suenan huecas. Parecen diseñadas para un pueblo que está "buscando" un *status*, y demuestran una relación meramente casual con el desarrollo y los problemas institucionales de Puerto Rico. El segundo punto es que los argumentos políticos descansan mayormente sobre un cálculo monetario estrecho y tortuoso de los beneficios contributivos y comerciales de cada tipo de *status*. Nadie negaría que el cambio político voluntario debe obedecer, entre otras cosas, a consideraciones económicas amplias. Pero es sorprendente que un pueblo que se enorgullece de su "alma" hispánica los traduzca en un cómputo de dólares y centavos, llevado hasta el último punto decimal.

El caso de Puerto Rico ofrece analogías interesantes con los territorios insulares de las tres potencias europeas en el Caribe: Inglaterra, Francia y Holanda. Tales analogías (que los puertorriqueños nunca hacen) demuestran que mucho de lo que pomposamente se atribuye a un choque o falta de continuidad entre "valores" hispánicos y norteamericanos en Puerto Rico, es de hecho, universalmente característico de situaciones "coloniales". Una de varias diferencias sobre-

¹⁵ En un artículo reciente en *El Mundo* (21 de abril de 1959), un antiguo supervisor de clases de inglés en las escuelas defiende el bajo calibre actual de la enseñanza del inglés afirmando que es bastante aceptable que los maestros tengan acento, porque hablar el inglés con acento es la norma para los puertorriqueños. ¡Un magnífico ejemplo de hostilidad cultural disfrazada de pedagogía lingüística!

salientes que deben apuntarse, sin embargo, es que los países europeos han establecido sistemas educativos en sus islas, que, en general, son auto-consistentes, bien organizados, intelectualmente exigentes y, claro, réplicas virtuales de los de Europa. Un inglés que visite el Colegio Universitario de las Indias Occidentales en Jamaica (que está afiliado a la Universidad de Londres) notará que no hay gran diferencia en normas educativas ni en énfasis y tono curricular entre lo que encuentra allí y lo que conoce en su país. En Puerto Rico:

Las normas en las escuelas secundarias y en la Universidad son bajas, comparadas con las de las dependencias británicas; pero el sistema americano en estos niveles se encarga de más niños. . .

Bajo el sistema americano. . . el progreso probablemente será sobre una base más amplia, y la laguna intelectual peligrosa entre los muchos y los pocos será probablemente menos extensa. La desventaja en este caso es que la educación que se ofrece es por necesidad tan diluida, y por lo tanto de calidad tan pobre, que mucha de ella debe considerarse un des, perdicio total. Esta es una consideración seria en vista de las exigencias financieras de esta posición.¹⁶

En todas las islas del Caribe hay problemas arduos de cómo ajustar la educación a los ambientes locales que importunan y seguirán importunando a los administradores y maestros. No estoy intentando, sin embargo, una evaluación comparativa de las administraciones norteamericanas y europeas. Quiero simplemente señalar que las escuelas europeas en el Caribe, no importa cuán inaplicables sean sus programas a necesidades locales apremiantes, al menos comprenden sistemas autoconsistentes y culturalmente seguros. Los sistemas pueden ser unos que los isleños eventualmente modificarán, o contra los cuales se rebelarán. Pero al menos proveen modelos coherentes e identificables. Desde la *Ética* de Aristóteles hasta el psicoanálisis moderno, yo supondría que ha sido una teoría informada de crecimiento humano que el camino hacia la madurez descansa en exponerse a modelos coherentes de acción, y no en ser "enseñados cómo hacer algo".

De los norteamericanos, es muy difícil extraer un modelo de acción sea en el campo institucional, cultural o intelectual. Pero es fácil extraer métodos y técnicas a pedacitos. En su ansia por hacer amistad y enseñar cómo hacer las cosas, los norteamericanos están constantemente tratando de saltarse la laguna cultural. En Puerto Rico equipos de investigadores norteamericanos observan las intimidades de los há-

¹⁶ Mary Proudfoot, *Britain and the United States in the Caribbean* (Nueva York: Praeger, 1953), págs. 288-289.

bitos puertorriqueños de trabajo, banca, culto y sexo. Debido a aparente aunque ilusoria "contiguidad" de los norteamericanos —y porque para los norteamericanos todos los hombres son hermanos bajo la piel (aunque el color de la piel importa)— es difícil para los puertorriqueños ver a los norteamericanos y su cultura a distancia, y desarrollar actitudes francas y articuladas hacia ellos. La ansiedad flotante producida por la situación colonial se cristaliza en acción directa y violencia exclusivamente en el caso de extremistas. No hay ningún paralelo puertorriqueño a los "disturbios" de 1937 en las Indias Occidentales Británicas.

Si fuera a hacer una predicción, yo diría que la nueva Federación de las Indias Occidentales Británicas —a pesar de su pobreza material, sus celos entre islas y su inexperiencia política— tiene muchas más probabilidades que Puerto Rico de lograr un estilo vigoroso y una afirmación cultural durante la próxima generación: en las artes, en las ciencias sociales, en la educación y en la elaboración de nuevas instituciones. Creo que esto es así debido a que las realidades de la sociedad india-occidental británica las tienen presentes algunas gentes, quizás un grupo pequeño, que viven en esa sociedad. La negligencia de los Estados Unidos hacia Puerto Rico durante su asociación de sesenta años, su indiferencia hacia el problema del *status* político de Puerto Rico, y la súbita inundación de inversión de capital norteamericano durante los últimos quince años han hecho muy poco para estimular el autoconocimiento y la autoafirmación de la comunidad isleña. Puerto Rico ha alternado entre tener demasiada cabulla para jugar, y no tener ninguna.

Un rasgo importante de los Estados Unidos no ha figurado hasta ahora. Y es un rasgo que los grupos intelectuales en Puerto Rico parecen ignorar más que los grupos comerciales y aún burocráticos. Me refiero a la fuente secreta de energía y propósito en la sociedad norteamericana. Si un estilo de vida que emana de un sentido de la historia ofrece unidad a las culturas europeas, podríamos decir que una fe en el futuro, al estilo de la fe en la salvación, es lo que da un sentido de destino a la cultura norteamericana. Me arriesgaría a adivinar que no hay retórica política en el mundo en la cual la palabra "cruzada" aparezca más que en la norteamericana. No trataré de definir más la fe norteamericana (aunque una lectura sensitiva de Max Weber podría ayudarnos en esta empresa), sino que quiero simplemente declarar mi incredulidad ante el hecho de que los intelectuales puertorriqueños se imaginen que los logros inmensos de los Estados Unidos en tecnología y organización expresan meramente "materialismo". O cómo se imaginan que las técnicas de la civilización Occidental se pue-

den adoptar por sociedades infradesarrolladas como meros artefactos que no efectúan ningún cambio en el orden espiritual. No obstante, la cita representativa que sigue demuestra que la confusión existe indisputablemente:

Puerto Rico... confronta un grave reto histórico: proveer condiciones de vida económica moderna y un nivel decoroso de vida civilizada para esos millones de seres humanos...

¿Qué significará esto hablando en términos de nuestra cultura espiritual? Básicamente significa que Puerto Rico tendrá que estar dispuesto a sufrir el trance de una transformación que le ponga tecnológicamente —dentro de sus posibilidades, se entiende— al nivel del mundo industrial de los Estados Unidos... La *técnica* industrial que permite a los Estados Unidos vivir en altos niveles de consumo, comodidad y eficiencia material, es esencialmente transmisible de una colectividad humana a otra y parte de un desarrollo cultural común del Occidente. Igual ocurre con la *técnica* democrática de gobierno...

La grave interrogante que al hacer este somero planeamiento se nos viene encima es la siguiente: ¿Significará tal asimilación de rasgos materiales, de conciencia y técnica moderna por nuestra cultura, la pérdida de nuestra peculiar manera de ser? No lo creo.¹⁷

Hay tres confusiones explícitas o implícitas en este pasaje, que hechizan el pensamiento de muchos intelectuales puertorriqueños. Son: (1) que el progreso tecnológico es "norteamericano". (Debido a la asociación de esta isla con los Estados Unidos, un puertorriqueño que compra un televisor esta "americanizando" en vez de "modernizando" su hogar.) (2) Que el cambio tecnológico se puede efectuar sin cambio cultural ni espiritual. (3) Que Puerto Rico tiene, y que los Estados Unidos no tiene una "cultura espiritual".

Una historia reciente y aún no publicada de un trabajador de caña puertorriqueño que experimentó, bastante tarde en la vida, una conversión hacia el protestantismo revivificante ilustra una forma de reorientación espiritual fundamental en una sociedad que está cambiando tecnológicamente. El autor comenta sobre esta conversión como sigue.

Ha estado en boga el asumir que la "occidentalización" —esencialmente, la introducción de tecnología y economía capitalistas, y de ideología democrática— lleva predeciblemente a una secularización entre los pueblos

¹⁷ Eugenio Fernández Méndez, *Filiación y sentido de una isla: Puerto Rico* (San Juan: Departamento de Instrucción Pública, 1955), págs. 6-8.

no occidentales. No podemos subrayar lo suficiente que este no es necesariamente el caso. . . El convertirse en Protestante *per se* puede que no aumente las oportunidades de un individuo de americanizarse rápidamente; pero tal cambio puede hacer precisamente eso en sus efectos subsidiarios. Puede que cuando la ideología y tecnología occidental se impone sobre un pueblo atrasado, su aculturación hacia un punto de vista secular y calmado llegue más ligero si se vuelve más religioso primero.¹⁸

el punto que queremos señalar aquí no es que el protestantismo sea un concomitante necesario de una mejor instalación de cañerías, televisores e industrialización. Los últimos, no obstante, sí necesitan alguna clase de cambio en la sub-estrata espiritual. Esto puede venir de muchas maneras, a menudo de naturaleza informal y no religiosa. Y el contenido manifiesto de la "conversión" puede que tenga muy poco que ver con el *ethos* más racionalizado de la nueva sociedad.

Por razones diferentes, ni los equipos flotantes de investigadores norteamericanos, ni los estudiosos puertorriqueños por sí solos han logrado presentar un cuadro convincente de la sociedad puertorriqueña. Y algunos de los fenómenos que podrían apoyar esta parte de mi análisis no aparecen en la literatura. Un rasgo de la vida puertorriqueña que apenas se ha estudiado es la aceptación general del espiritismo en sus muchas formas. Este rasgo no es único en su género en la América Latina. En Cuba y Brasil, por ejemplo, el espiritismo también es extremadamente importante. Si tiene o no aspectos singulares en Puerto Rico, o si está más diseminado por la población es algo que no se ha investigado aún.

El espiritismo desempeña un número de funciones importantes en una sociedad como la puertorriqueña.¹⁹ Hace posible la catarsis en una cultura que no ofrece los materiales, canales y ocasiones para expresiones fuertes altamente emotivas. Provee terapia real o imaginada para los desórdenes de personalidad causados por arreglos sociales anticuados o ineficaces. Ofrece seguridad de jerarquía y relación causal en una sociedad fluida y de contextura débil. Permite representar un papel en una sociedad donde la identidad personal está con frecuencia vagamente establecida.

Aunque las formas de espiritismo son muchas, se puede decir que una función fundamental es la de ayudar a la gente a bregar con

¹⁸ Sidney W. Mintz, *Guajana: The Life History of a Puerto Rican Sugar cane Worker* (Ms. 1958), Ch. VII, p. 23.

¹⁹ He tenido varias conversaciones con el Dr. Lloyd Rogler sobre el espiritismo en Puerto Rico y estoy agradecido de su conocimiento. Para datos puramente descriptivos vea: Pablo Garrido, *Esotería y fervor populares de Puerto Rico* (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1952) y Joseph Bram "Spirits, Mediums, and Believers in Contemporary Puerto Rico", *Transactions of the New York Academy of Sciences* (1958), págs. 340-347.

obstáculos mal definidos y aparentemente incontrolables en su vida diaria. Es terapéutico para la ansiedad flotante. La jerarquía rígida de una sesión espiritista, en contraste con el orden impensado de la sociedad, se determina por el grado de control que cada miembro ejerce sobre el mundo espiritual: la médium, la médium auxiliar, el participante que goza de "facultades", el participante que no tiene "facultades". Las alucinaciones institucionalizadas del espiritismo sirven de rayos o relámpagos en una situación donde los villanos y víctimas propiciatorias (los norteamericanos, la clase alta, la clase baja, los políticos, los negros, los maridos mujeriegos, etc.) no se han definido clara y agresivamente. En las sesiones espiritistas más íntimas y cuasi-terapéuticas, la representación de papeles por parte de la médium y la médium auxiliar hace posible el actuar problemas domésticos que surgen de patrones arcaicos de familia (una esposa se enfrenta a la amante de su esposo, lo que no puede hacer en su comunidad, etcétera.).

De mi exposición estará claro que ni la palabra "vigor" ni la palabra "híbrido", ni la palabra "transformación" que aparecen en el título del trabajo que estamos discutiendo, han sido de gran ayuda para dibujar una imagen de la sociedad puertorriqueña moderna. Los cambios que se han efectuado en el siglo veinte han ocurrido principalmente en los sectores materiales y económicos, y bastante más externamente, en los sociales y políticos. Cuando uno mira los órdenes moral, cultural y psicológico, sin embargo, uno se pregunta cuánto se han vigorizado. Uno puede llegar a sospechar una condición de estancamiento.²⁰ En estos últimos órdenes, el afecto sobre Puerto Rico de la cultura esquiva administración distraída, y recursos materiales de los Estados Unidos ha sido perpetuar y exacerbar ciertos problemas que estaban en el ambiente mucho antes de 1898.

En lugar de la analogía biológica, por lo tanto, propongo (confieso que con alguna gracia) una psicológica. Estamos frente a un paciente un poco neurótico que sufre de una estructura débil de su ego. El se relaciona con ambivalencia a figuras de autoridad (los Estados Unidos) y no a sus iguales (América Latina). Los personajes carismáticos le son muy atractivos. Su falta de relaciones sociales maduras se refleja en una preocupación preponderante con el status y en una multiplicación de fantasías. Para el yanqui, él es una joven andaluza

²⁰ La vecina república de Haití, que sufrió de intervención norteamericana por veinte años, y que está permanentemente sujeta a influencia y presiones estadounidenses, ofrece un contraste interesante. Allí prevalecen todavía el caos político, y la pobreza y estancamiento económico—quizás sin igual en las Américas. Sin embargo, ciertos grupos culturales e intelectuales han logrado en la última generación, estilo "vigor" y un *prise de conscience*...

graciosa, para los latinoamericanos, él es un dinámico hombre de negocios. La perpetuación de estas fantasías se facilita enormemente con elogios, y se vuelve extremadamente dolorosa frente a críticas. Como las fantasías se viven con dificultad, él encuentra el papel de mediador más satisfactorio en la vida real que el autoafirmativo. Su docilidad esconde una gran cantidad de resentimiento y ansiedad generalizada, y algunas veces lo lleva a violencia causada por inhibición de objetivos. Su compás de vida oscila entre la apatía y la ocupación extrema. El análisis freudiano nos llevaría a enfatizar los orígenes en la infancia de la neurosis, y a desenfatar el cambio de substitutos por el padre que ocurrió bastante tarde en la carrera del individuo.

Es de esperarse que no sea necesario ningún choque traumático severo para despertar al paciente a los afanes de un autoexamen, a la apreciación de sus límites y de sus posibilidades creadoras, y a la madurez en su conducta social. Sus rasgos subyacentes de cordialidad, generosidad, buen humor y tolerancia —aunque no sean de los que hacen imperios o producen Shakespeares— son cualidades que necesitan enormemente sus contrapartidas en la comunidad mundial.